



# UN FUTURO PARA EL PROYECTO SOCIALISTA

*Raimon OBIOLS*

**E**l problema que se plantea es un problema que no es sólo nuestro, sino que en la hora presente es un problema general del socialismo democrático y de la izquierda. Es un problema en el sentido positivo de la expresión. Es un desafío, un desafío de respuesta y un desafío, por utilizar una expresión de Willy Brandt que a mí me gusta mucho, para dar un nuevo inicio, un nuevo comienzo a nuestro proyecto, sobre la base de la confianza en nosotros mismos y en la capacidad del socialismo democrático para establecer estos nuevos comienzos, como ya ha demostrado en otros momentos en los que se planteaban desafíos y problemas similares.

En efecto, vivimos años de tránsito, tiempos fronterizos, al filo de dos épocas. Un mundo turbado, un periodo de cambios muy rápidos, un periodo de desconcierto. Y hemos de asumir la responsabilidad que nos corresponde como personas y como colectivos de tránsito, y tratar de situarnos, sin oportunismos, en esta frontera para trabajar.

Es evidente que en este momento hay una receptividad extraordinaria en torno a una posible refundación o un nuevo comienzo del pro-

yecto del socialismo democrático en los distintos países y a escala internacional. Basta con evocar la repercusión que ha tenido la intervención de Michel Rocard planteado este nuevo comienzo como proyecto, como invitación para el socialismo y para otras corrientes culturales, políticas y sociales de la izquierda en Francia. Por supuesto, no se trata de ningún mimetismo. Ni se trata de buscar concomitancias o paralelismos entre la propuesta de Rocard en Francia y otras propuestas que se hayan planteado en otros sitios o en otros momentos. Simplemente se trata de constatar hasta qué punto este anhelo de buscar una nueva idea, un nuevo proyecto, está hoy presente entre nosotros como latencia, como potencialidad y también como una invitación, como un desafío.

Me gustaría hacer sólo unos breves comentarios para esbozar el perfil de este reto que tenemos planteado. Uno de ellos es el medular, el esencial. El socialismo y la izquierda se han ido construyendo a lo largo de los años sobre un eje que es la idea de futuro, la idea de progreso. No hay que insistir hasta qué punto nosotros, en la brega política de estos últimos años, hemos usado, incluso alguna vez hemos abusado, de estos conceptos. Pero actualmente hay un cuestionamiento profundo de la idea de progreso, de la idea de futuro. El futuro se nos viene encima muy rápidamente, y para mucha gente, este futuro, que en el pasado se consideró como un horizonte de esperanza, hoy se considera una amenaza. Es como si del horizonte del futuro viniese hacia el presente una amenaza en forma de multiplicación de problemas de todo tipo, en una atmósfera que empieza a ser no ya finisecular, sino casi milenarista, en lo que respecta a algunas grandes cuestiones que afectan al consciente y al inconsciente colectivo de nuestros pueblos: problemas ecológicos, problemas demográficos y de inmigración, problemas de crisis de las grandes ciudades, de las metrópolis, problemas unidos a la expansión exponencial de la sociedad mediática, de los grandes medios de comunicación y de la huella moral y cultural que imprimen a las sociedades, el nacimiento de nuevas pestes como el sida, de los fantasmas de la ingeniería genética... Todos y cada uno de estos problemas reales o simbólicos aparecen, más que como incitación de cara al futuro, como amenazas que desde el futuro se nos dirigen a las generaciones actuales, como si fuesen, en cierta medida, signos de catástrofe.

Ahora bien, si esto es así, si hay este cuestionamiento del futuro, si hay esta idea del futuro como amenaza y por tanto hay un cuestionamiento del progreso, entonces eso representa un problema extraordinario para la izquierda y para el socialismo. Porque nuestra fuerza siempre ha sido y todavía lo es hoy en buena medida, la fuerza del trabajo para un futuro mejor y, por lo tanto, la fuerza del concepto de progreso, de progreso de nuestras sociedades, de progreso individual y colectivo de nuestra sociedad.

Frente a esto, y este es el segundo punto que quería comentar, ha habido en nuestras filas, evocando una expresión de Victor Serge,

fenómenos de «contaminación» en el combate. Como si nosotros, con nuestra trayectoria política del último decenio, hubiésemos reaccionado ante esta situación con un proceso de absorción, que nos ha contaminado en cierta forma. Y no doy a esta expresión una interpretación exclusivamente peyorativa, porque desde el punto de vista de purga de viejas certezas, de desencanto de viejas ilusiones también ha tenido una vertiente enormemente positiva y productiva. Un proceso de contaminación durante la década de los ochenta, que ha sido la década de una gran ofensiva conservadora, de una gran ofensiva de los nuevos planteamientos neoliberales. En nuestras filas se han producido, por decirlo de alguna forma, fenómenos de una respuesta desencantada, que ha apuntado más a insistir en la idea del presente y de la gestión del presente que en la idea de recobrar el concepto de progreso y de configuración de un proyecto de futuro; respuesta desencantada que ha tenido un componente tecnocrático y también un cierto espíritu «ilustrado». Pero la Ilustración era otra cosa. La Ilustración hablaba del futuro.

En esta lógica natural del contagio por el combate del que nos hablaba Serge, tenemos que asumir las grandes lecciones que nos desilusionan, en cierta medida, —la destrucción real de determinadas ilusiones, de determinados ideologismos—, pero tenemos que rechazar todo lo que signifique un proceso de liquidación cultural y política, el refugio estricto en la gestión del presente con el abandono de cualquier perspectiva de avance.

Necesitamos un nuevo concepto de progreso y un nuevo paradigma global, porque nuestro viejo paradigma, nuestro viejo modelo, ha sido superado por la situación y requiere un nuevo comienzo. ¿Cuál era este viejo paradigma, este viejo modelo? Era un modelo que comportaba los elementos siguientes: unos valores, una visión crítica global de la sociedad existente, un programa máximo, un programa mínimo, un programa de transición. Era un modelo que también comportaba una fuerte motivación material, la condición asalariada, la condición obrera, y un potente sujeto social, la clase trabajadora y, finalmente, un modelo que comportaba una fuerte motivación ideal: la rebelión ética y la negación de la racionalidad del sistema establecido y sus valores morales y sociales en nombre de una propuesta de una nueva racionalidad y de unos nuevos valores. Este es el viejo paradigma: valores, visión crítica global, programa, motivación material y sujeto social, motivación ideal fuerte. Nosotros tenemos que revisar este viejo paradigma del socialismo. Recordar lo que está en la base de esta revisión es esencial si queremos hacer algo que tenga sentido y que no se improvise ni al hilo de las modas ni de las presiones del momento. Este viejo paradigma del pasado no tiene que ser desechado haciendo tabla rasa, pero sí sustituido, y esta es nuestra tarea y la del conjunto de personas y de colectivos que se están planteando estos problemas en estos momentos

en los diversos países de Europa y del mundo; en la perspectiva, en algunos casos, de una renovación de lo existente, en otros casos, de una autorreforma de lo existente, y aun en otros, de una refundación. No nos entretengamos en la discusión sobre las palabras. Las coyunturas, las situaciones, los ciclos colectivos o individuales difieren de un país a otro, pero el componente global, desde el punto de vista de nuestro proyecto, es coincidente, porque uno de los aspectos nuevos que tenemos delante es justamente el aspecto de una internacionalización material y espiritual muy profunda que hace que sea impensable que fenómenos que suceden en distintos lugares queden completamente aislados en relación con los demás. Lo que sucede ahora en un partido tiene una influencia creciente en lo que sucede en los demás. Es lógico que sea así.

Desde este punto de vista, ¿cuál debería ser la perspectiva? Creo que no debe ser el anhelo de construir un nuevo proyecto global muy rápidamente y de una forma un poco arbitraria. Pero creo que es necesaria la revisión. La revisión de todo lo que tenemos y hemos tenido en nuestras manos y en nuestro pensamiento y en nuestro corazón, y la búsqueda de unas determinadas perspectivas que, en nuestro caso, creo que son de renovación. Porque nosotros, como fuerza política y también, en cierta medida, como generación, podemos orientar las cosas hacia una recomposición, hacia una renovación eficaz, porque todavía estamos en un ciclo de desarrollo. Por supuesto, también me refiero, pero no exclusivamente, a las tendencias electorales. Me refiero a la confianza fundamentada y razonable que tenemos de continuar durante un periodo de tiempo relativamente prolongado, una experiencia basada en una mayoría de apoyo popular. Una experiencia, por lo tanto, de gobierno y de cultura de gobierno.

También me estoy refiriendo a un fenómeno que va más allá del simple hecho electoral o de la coyuntura política y electoral. Fenómeno casi biológico que en algunas generaciones, en algunos colectivos que tienen por delante ciertos ciclos, requiere como consigna la consigna de la refundación, de la construcción de una cosa nueva. En nuestro caso, creo realmente que la orientación ha de ser la de la renovación, la de la autorreforma. ¿En qué líneas? Algunas de ellas aparecen como hipótesis de trabajo de una forma bastante clara.

Necesitamos una recomposición de nuestra conciencia crítica y de nuestra visión global de lo que está sucediendo. No con una pretensión totalizadora, sino con la pretensión de una cierta globalidad de nuestra visión y de nuestro pensamiento sobre el presente y el futuro, sobre la base de un intento de explicación crítica, articulada, de los fenómenos que se están produciendo y de sus tendencias. Creo que esta aspiración a la globalidad es indisociable de cualquier proyecto colectivo de izquierda. No podemos caer en la renuncia de esta visión sin caer al mismo tiempo en el pragmatismo miope que puede llevar en momentos

determinados a aguantar una situación pero, a medio plazo, a dimisiones lleva inevitablemente a fracasos que ponen en cuestión el proyecto mismo.

Necesitamos también plantearnos el objetivo del restablecimiento de una perspectiva de progreso, el objetivo de la reconstrucción de una esperanza en un futuro mejor para nuestra sociedad y para el mundo.

Necesitamos, en tercer lugar y unido a estos dos grandes objetivos, la recuperación de una mayor capacidad de acción colectiva y, por lo tanto, una renovación.

Por último, también habría que dar una especial importancia no sólo a esta idea de reforma, de recreación de un proyecto de futuro, de renovación de nuestros instrumentos de acción colectiva, sino también a la cuestión moral. Nuestra historia tiene dos caras; una ha sido una cara de generosidad, de lealtad, de heroísmo, de identidad, de coraje, de exploración de todas las vías de liberación humana, y de ella nos sentimos legítimamente orgullosos. Pero también ha sido la nuestra una historia de luchas y divisiones, de soberbia doctrinaria, de una determinada locura prometeica, o incluso del abuso de la idea de mal moral. Puesto que nuestros objetivos son los objetivos de la construcción del paraíso en la tierra, cualquier medio es legítimo, es justificable en nombre de este gran objetivo. La idea de la moral de clase, la idea del mal moral que hay detrás de la idea de moral de clase y que ha hecho tanto daño y ha ocasionado tantos trágicos perjuicios a nuestro proyecto en sus diversas manifestaciones a lo largo del siglo veinte, hasta llevar a la corrupción más profunda del ideal, Serge, por volver a citarlo, decía que lo peor de todo es la «corrupción de lo mejor», y tenía toda la razón por lo que se refiere a la corrupción totalitaria de la izquierda.

Tres comentarios sobre la cuestión moral. La corrupción de los partidos afecta a toda Europa y también afecta a nuestro país. También, y no querría que se interpretase como una exoneración de responsabilidad colectiva o una fácil excusa, también podemos introducir, en nuestro caso, un matiz muy importante de índole histórica y generacional. La especificidad de la cuestión moral en nuestro país, como consecuencia del ciclo democrático que comenzó en 1977, muy probablemente nos permita una reacción en un contexto mucho mejor o menos malo que el de otros países de nuestro entorno. Hay que ver las causas de este proceso, y hay que ver también los remedios posibles a partir de un diagnóstico.

La segunda observación es que estos fenómenos objetivos, —la distorsión del viejo sistema de representación democrática que ha entrado esta deslegitimación parcial del sistema, este alejamiento de la

población, de la sociedad civil de la vida política, y el fenómeno de la separación de los partidos de la sociedad civil, su inserción en el Estado y las consecuencias de este proceso—, tienen también una contrapartida, desde mi punto de vista, eminentemente positiva. Probablemente esté surgiendo una forma especial, muy marcada por la sociedad mediática en la que estamos viviendo, una nueva ética en lo que atañe a los asuntos públicos. Y esta nueva ética tiene un componente que es eminentemente positivo, porque es una ética de revuelta contra el poder, antijerárquica e igualitaria, que no tolera la excepcionalidad o la exoneración de responsabilidad por parte de los poderosos, que tiende a resituar a los gobiernos como administradores o servidores de la cosa pública. Desde mi punto de vista, eso encaja absolutamente con una tradición que es la nuestra porque, desde sus mismos orígenes, el socialismo ha sido una revuelta moral contra el poder, contra la corrupción, el abuso, la explotación, la opresión desde el poder. Pero también tiene, sin duda, esta nueva ética pública que está surgiendo en nuestra sociedad un sentido contrario, una característica individualista, cínica, de alejamiento de la cosa pública que disuelve el concepto de ciudadanía y la ciudadanía misma, haciendo de ésta un conjunto de ciudadanos aislados, de espectadores pasivos y a veces insolidarios, con un *leitmotiv* que es derechos sí, pero deberes no. Frente a esto, sin complejos, hemos de recuperar la dimensión moral de nuestra actuación.

Querría acabar volviendo a Rocard. No tanto a su discurso, que sin duda está teñido de la voluntad de causar impacto en los medios, sino a lo que hay detrás de su discurso y su análisis. Es un análisis muy simple y que nosotros compartimos. Más aún: tenemos la sensación de haberlo ido construyendo también, en estos años. Es un análisis de una gran sencillez y creo que se coloca nítidamente al frente de nuestra reflexión. Es un análisis que dice que hay una realidad distinta y que se necesitan respuestas distintas a esta realidad. Esta realidad para el socialismo democrático significa básicamente hacer frente a tres nuevas situaciones o a tres nuevos desafíos. El primer desafío procede de la crisis del compromiso keynesiano y, por lo tanto, de las dificultades de desarrollar el Estado social o el Estado del bienestar en el marco de un solo Estado. El segundo desafío plantea el tema del cambio producido en el mundo a partir de 1989 y la creciente internacionalización y complejidad de los problemas mundiales a los cuales el socialismo democrático como fuerza internacional tiene que dar una respuesta. El tercer desafío es el de la transformación social y cultural interna de nuestras sociedades. Unir estos tres desafíos significa reconstruir una concepción del progreso sobre la base de unas propuestas de futuro. ¿Han de constituir estas propuestas de futuro un nuevo «programa máximo» del socialismo? Tal vez, pero un programa máximo no se reconstruye en cuatro días ni en cuatro años. Es un proceso relativamente prolongado de reflexión, de debate, de acción renovada lo que pide un programa de esta naturaleza, en el caso de que fuera necesaria-

rio. Y planteo esto como una interrogante, porque el mismo concepto de programa máximo probablemente sea un concepto que ha tenido ventajas pero también graves inconvenientes. En cualquier caso, sí es necesaria la reconstrucción de la idea de progreso, de la ambición de globalidad, partiendo de lo que tenemos, no partiendo de cero; sin disolver nuestra tradición ni nuestra realidad actual, sino abriéndola para tratar de reinsertarla con fuerza en la sociedad civil para compensar todos los fenómenos de absorción institucional o del Estado, e introduciendo con mucha fuerza aquello que en nuestro viejo modelo todavía se mantiene con más vigencia y con más vitalidad: los valores y una ética de la responsabilidad política que se enfrenten al escepticismo, a la fragmentación, a las retóricas reaccionarias que amenazan el mismo sentido de la racionalidad y la misma relación con la política, que en estos momentos amenazan incluso la misma razón democrática.

Este no es el mensaje de una persona o de un partido aislados. En definitiva, es el mismo problema que se plantea y a veces conmociona a todas las personas y colectivos que se integran dentro de la corriente de la izquierda en Europa y más allá de ella: el Partido Democrático de la Sinistra, el SPD, el Partido Laborista, los holandeses, los escandinavos; todos ellos se interrogan básicamente en torno a este mismo problema. En este sentido, yo invito a reflexionar sobre esto con pasión, observando que muchas amenazas no representan para nosotros un elemento de pesimismo, sino un estímulo. Incluso aunque las cosas estén más complicadas y puedan ser más difíciles de lo que vaticinan determinados profetas actuales del escepticismo o de la pasividad. Cuando las cosas se ven relativamente mal quizá la primera respuesta pueda ser refugiarse en lo privado y en el apoliticismo. Nosotros vemos las cosas en este momento no diríamos que peor que las puedan ver los apocalípticos, que se refugian en lo primero pero sí que las vemos con unos claroscuros tan acusados, que conducen justamente a todo lo contrario. Desde 1945, jamás nuestra realidad y nuestro destino individual y colectivo habían estado tan ligados a la política como ahora; mientras se produce el alejamiento de los ciudadanos de la política. Se trata de superar esta paradoja en un panorama de claroscuros muy brutales; es un desafío la medida de nuestras posibilidades, que no son pocas.